

# Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la Guerra Mundial a los Pactos de 1953

## *Cultural relations between Spain and the United States, from World War II to the Pacts of 1953*

Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA

Instituto de Historia-CSIC

### RESUMEN

La guerra civil provocó una brusca ruptura en las relaciones culturales entre España y Estados Unidos. Durante la guerra mundial ambos países se convirtieron en rivales en el escenario latinoamericano, si bien la incorporación de Estados Unidos al conflicto fue acompañada por el establecimiento de un aparato de propaganda informativa y cultural en España que iba a perdurar más allá de la conclusión de la guerra. La naturaleza política del régimen franquista impidió, no obstante, que España fuera incluida inicialmente en los circuitos de intercambio cultural, educativo y científico erigidos por Estados Unidos en la postguerra mundial. Esa incorporación no tuvo lugar hasta que el contexto de la guerra fría puso en valor la posición estratégica española y relegó los prejuicios ideológicos hacia el franquismo. Los primeros acuerdos de índole cultural precedieron, con escasa antelación, a la firma de los pactos bilaterales de 1953, con el objetivo de ir preparando a sectores escogidos de la sociedad española para facilitar la consecución de los objetivos norteamericanos.

### PALABRAS CLAVE

España  
Estados Unidos  
Relaciones culturales  
Propaganda  
Siglo XX

### ABSTRACT

Civil War provoked a hard breaking in Spain-United States relations. Both countries became rivals in Latin America during World War II, though after their entry into war, the United States established a propaganda apparatus in Spain, with informative and cultural purposes, which continued working long after the conflict was over. Nevertheless, the political nature of Franco's regime prevented Spain from being inserted into the cultural, educative and scientific interchange circuits created by the United States during the post-war era. The insertion did not take place until the development of Cold War increased the value of Spain's strategic position, pushing into the background former ideological prejudices against Franco's regime. The bilateral pact of 1953 were immediately preceded by cultural agreements, in order to make easier for the United States to fulfill their objectives in Spain, by preparing selected sectors of Spanish society.

### KEY WORDS

Spain  
United States  
Cultural relations  
Propaganda  
XX<sup>th</sup> Century

**SUMARIO** 1. Relaciones culturales y propaganda de guerra. 2. Una política de «relaciones públicas» para atraer a la elites europeas. 3. La inclusión de España en los circuitos de intercambio cultural de Estados Unidos.

El desenlace de la guerra civil afectó seriamente a las relaciones culturales establecidas entre España y Estados Unidos en el transcurso del primer tercio del siglo XX. Para empezar, la principal institución española que las había impulsado, la Junta para Ampliación de Estudios, quedó disuelta a iniciativa de los vencedores. Tanto la Junta como sus miembros más destacados, intelectuales, profesores y científicos de talante liberal y reformista, eran tachados entonces de «traidores a la patria». Se les culpaba de haber abierto el país a influencias extranjeras que habían sido la semilla del enfrentamiento fratricida, de ser los responsables de la difusión de ideas y teorías que habían llevado a abandonar la tradición cultural de raigambre católica, junto a críticas más concretas de practicar el favoritismo y la discriminación en la aplicación de sus competencias académicas. Los protagonistas de la apertura cultural y científica hacia el exterior en las décadas precedentes quedaban, pues, asimilados a la condición de núcleo ideológico de la «Anti-Patria»<sup>1</sup>.

En lo sucesivo, las competencias, recursos y centros de investigación de la Junta fueron transferidos al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, establecido en 1940 para impregnar la investigación y la ciencia españolas de una carga católica y reaccionaria. Buena parte de las figuras emblemáticas del panorama intelectual y científico anterior a la guerra civil, junto a los cuadros que habían contribuido a formar, pasaron a engrosar las filas del exilio. Algunos de ellos obtuvieron puestos docentes en universidades norteamericanas, para lo cual fueron muy útiles los contactos forjados en las primeras décadas del siglo<sup>2</sup>. Con ellos se perdió uno de los principales activos de las relaciones bilaterales que habían logrado cristalizar en las décadas anteriores, si bien eso no preocupaba entonces al nuevo régimen político español. Ni sus intereses políticos ni sus proyectos culturales y científicos tenían a Estados Unidos como interlocutor. Más bien todo lo contrario. Si algo caracterizó inicialmente tales relaciones fue una actitud de hostilidad que se demostró muy negativa tanto para las expectativas de la política exterior de la dictadura como para el desarrollo científico español.

## 1. Relaciones culturales y propaganda de guerra

Durante la guerra civil el bando franquista había consolidado una fuerte afinidad ideológica con Alemania e Italia, que se convirtió en una alianza tácita y apenas disimulada con las potencias del Eje tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial en suelo europeo. El proyecto

<sup>1</sup> Sobre esa justificación ideológica, que ya comenzó a circular durante el transcurso de la guerra civil, vid. Suñer, Enrique: *Los intelectuales y la tragedia española*, San Sebastian, Ed. Española, 1938; Eguía Ruiz, Constancio: *Los causantes de la tragedia hispana. Un gran crimen de los intelectuales españoles*, Buenos Aires, Ed. Difusión, 1938, y la obra colectiva *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastian, Ed. Española, 1940.

<sup>2</sup> En el libro de Amo, Julian y Shelby, Charmion: *La obra impresa de los intelectuales españoles en América (1936-1945)*, Madrid, ANABAD, 1994, se sigue la trayectoria de 623 intelectuales españoles que se instalaron en aquellos años en diversos países americanos. En torno a un 10% de ellos (61) recalaron en Estados Unidos, de forma temporal o permanente. Entre ellos se encontraban José Antonio de Aguirre, Américo Castro, Tomás Navarro, Fernando de los Ríos, Pedro Salinas, Ramón J. Sender, etc.

de construir una Nueva Europa de carácter fascista fue la referencia política de los dirigentes del régimen español en los primeros años cuarenta. También desde el punto de vista cultural y científico las relaciones con Alemania e Italia iban a gozar de una posición de privilegio en aquellos años. Para Alemania e Italia este canal permitía ganar adeptos entre las elites de la dictadura española, tanto en el mundo de la cultura y la ciencia, como en el campo de la información y en distintos cuerpos de la administración. Además, ofrecía un medio para realizar una propaganda encubierta de sus móviles internacionales, ya que oficialmente estaba prohibida la propaganda directa de los beligerantes. Para España suponía, sobre todo, un medio de consolidar su afinidad con los pilares básicos de la Europa fascista y de incrementar su paulatina integración en las estructuras del Nuevo Orden.

Tanto Alemania como Italia fundaron en los primeros años de la guerra mundial sendos Institutos de Cultura en la capital española, que recogían el testigo de centros preexistentes pero elevados ahora de categoría y con mayores recursos. El *Instituto Alemán de Cultura* mantuvo un estrecho contacto con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas para desarrollar las relaciones entre investigadores españoles y alemanes, y estimuló el intercambio de profesores y el envío de lectores de español, becarios y pensionados, contando para ello con la ayuda de los organismos alemanes correspondientes. En todas estas vertientes cabe afirmar que el protagonismo alemán en aquellos años estuvo muy por delante del que pudo adquirir cualquier otro país, incluida Italia. La nación mediterránea fue a la zaga de la influencia cultural alemana, si bien no bajó la guardia y procuró dar la réplica en la medida de sus posibilidades.

Los gobiernos alemán e italiano, bien a través de sus centros universitarios y de investigación, bien por medio de otros organismos oficiales, se mostraron en todo momento muy receptivos en cuanto afectaba a ese intercambio cultural y científico. Un intercambio que junto a las iniciativas aludidas cubrió asimismo otra variada gama de actividades: ampliación de la red docente alemana e italiana en España, que iría acompañada del incremento paralelo del número de lectorados de ambas nacionalidades en centros españoles y de los profesores de enseñanza secundaria dedicados a impartir los dos idiomas; visitas a Alemania e Italia de ingenieros españoles de diversos campos de especialización; invitaciones a profesores, periodistas, escritores o funcionarios españoles para asistir a congresos y reuniones internacionales; firma de acuerdos de colaboración en materia cinematográfica y jurídica; exposiciones artísticas; celebración de ciclos de música clásica y de ópera; representaciones de los coros y danzas españoles, e incluso acogida de viajes turísticos a España<sup>3</sup>.

Con los países aliados el régimen español no iba a mostrar, como era de prever, una disponibilidad semejante para el estrechamiento de sus relaciones. En el caso concreto de Estados Unidos, la guerra civil había significado, como ya se avanzó, la ruptura de los vínculos cultura-

---

<sup>3</sup> Más datos sobre ese conjunto de actividades en Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo: *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, pp. 193-210.

les preexistentes. El intercambio de profesores y estudiantes estaba suspendido, incluso la circulación de periódicos, revistas y libros médicos y técnicos norteamericanos en España se había reducido muy considerablemente. Esta última fue una de las primeras gestiones que se abordaron tras la contienda civil. El principal obstáculo que encontraba la entrada en España de publicaciones estadounidenses estaba relacionado con el mecanismo de pago en divisas de esas importaciones, dada la carencia de las mismas que existía en España. Otra traba complementaria consistía en la necesidad de disponer de una autorización de la censura gubernativa para tales materias<sup>4</sup>. Junto a lo anterior, otro temprano motivo de fricción bilateral vino originado por las restricciones impuestas al comercio de películas norteamericanas. Poco después de acabar la guerra civil, la censura cinematográfica española había decidido prohibir la importación de películas en que participasen una serie de personajes del mundo del cine que habían apoyado al bando republicano<sup>5</sup>. A ello le siguieron las dificultades ocasionadas por el sistema de cuotas y permisos de importación, el control de divisas extranjeras, los gastos derivados del doblaje de las películas y otras tasas que grababan su compra y difusión, el monopolio oficial de los noticiarios y la burocracia sindical<sup>6</sup>.

La solución a tales contenciosos iba a verse entorpecida por la actitud oficial española de hostilidad hacia Estados Unidos. El antinorteamericanismo había sido uno de los argumentos empleados por la propaganda del bando sublevado durante la guerra civil. A las viejas imágenes del 98 se sumaron los prejuicios antiliberales y tradicionalistas compartidos por los grupos que apoyaron el golpe militar, junto al discurso antimaterialista y en ocasiones anticapitalista pregonado por los seguidores de la Falange. Los dirigentes franquistas, además, veían al país americano como un adversario a combatir en la lucha por extender la influencia española a los países hispanos del otro lado del Atlántico.

En cuanto a Estados Unidos, su interés por una aproximación cultural hacia España era todavía limitado. Sin duda a su gobierno le contrariaban los impedimentos que encontraba la divulgación en España de sus producciones culturales, con sus consiguientes perjuicios eco-

---

4 Las posturas de cada uno de los países sobre el asunto quedaban reflejadas en los informes «Circulation of American Printed Matter in Spain», 22-XII-1939, y «Difficulties Facing the Sale of American Publications in Spain», 30-IX-1940 (NARA, RG 59 DF 811.42752/16 y 24), y «Entrada de publicaciones norteamericanas en España», 14-VIII-1940 (AMAE, R-1724/103).

5 La correspondencia cruzada entre la Junta Superior de Censura Cinematográfica del Ministerio de la Gobernación, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Embajador en Washington para la confección de esas listas negras, que determinaba quienes y por qué estarían incluidos en las mismas, puede consultarse en AMAE, R-1724/126.

6 Las trabas a la exportación de películas norteamericanas a España dieron lugar en aquellos años a un constante seguimiento diplomático de la cuestión, en el que se mezclaban los intereses económicos en liza junto a la vertiente propagandística que tenía el cine en esa coyuntura de conflicto internacional. De hecho, los representantes norteamericanos no dejaban de recalcar que las dificultades que encontraban sus películas eran paralelas a las facilidades dadas a los largometrajes alemanes, aunque insistían en que las cintas procedentes de Estados Unidos eran, en cualquier caso, las preferidas del público español. A modo de balance de la situación en esos años vid. el voluminoso informe «The Motion Picture Business in Spain», 9-VI-1943. NARA, RG 59 DF 852.4016.

nómicos, al igual que la campaña de prensa orquestada por el gobierno franquista contra su política en el continente americano. Pero España todavía quedaba lejos de su campo de prioridades. Estados Unidos aún no era un país beligerante, ni su intervención en España se interpretaba en la clave cultural-propagandística que desarrollaba el *British Institute* de Madrid, constituido por entonces, para contrarrestar la actividad de las naciones del Eje. Aunque desde la Embajada norteamericana en Madrid se insistiera en el segundo semestre de 1940 en la conveniencia de intensificar las relaciones culturales con España, con las miras puestas incluso en las repercusiones que ello tendría en el escenario latinoamericano, esa actuación aún habría de demorarse por algún tiempo<sup>7</sup>.

La atención norteamericana en el ámbito cultural estuvo inicialmente focalizada hacia América Latina, donde iba a ponerse en marcha un vasto programa de cooperación cultural, científica y económica con los países de la región, destinado a fomentar la solidaridad continental. Estados Unidos se incorporó tardíamente al núcleo de países que contaban con un servicio oficial encargado de desarrollar sus relaciones culturales con el exterior. De hecho, en los años treinta el francés era la segunda lengua en América Latina (tras el español o el portugués), no eran demasiados los estudiantes de la región que acudían a centros norteamericanos, ni tampoco existía un comercio de libros y revistas procedentes de este país y con destino al resto del continente equiparable a las importaciones de origen europeo. El factor que impulsó a desarrollar un intercambio cultural más activo con aquella zona fue el temor a los efectos de la propaganda de la Alemania nazi, a través de la actividad de las colonias de emigrantes de esta nación instalados en países de la zona, del envío y difusión de sus producciones culturales y científicas, de la política de becas del Instituto Iberoamericano de Berlín, etc.

La *Division of Cultural Relations* del Departamento de Estado se creó en julio de 1938. En sus orígenes debía ocuparse de organizar la aplicación de la Convención para la promoción de las relaciones culturales inter-americanas que se había aprobado en la Conferencia panamericana celebrada en Buenos Aires en diciembre de 1936, aunque simultáneamente sus miras estaban puestas en contrarrestar la influencia alemana al intensificar las manifestaciones de la *Good Neighbor Policy* en América Latina. Unos meses después, se designó un *General Advisory Committee on Cultural Relations*, que habría de contribuir a la definición de sus objetivos al tiempo que facilitaba la coordinación con las agencias privadas comprometidas desde tiempo atrás con el fomento de los intercambios educativos y culturales con el exterior (*Institute of International Education*, *American Library Association*, *American Council of Learned Societies*, las Fundaciones Carnegie, Guggenheim, Rockefeller, etc.). También en 1938 comenzó a funcionar el *Interdepartmental Committee on Cooperation with the American Republics*, aunque no se constituyó formalmente hasta agosto de 1939. Este comité estaba llamado a diseñar programas de cooperación técnica con los países latinoamericanos, que incluyesen el intercambio de especialistas en diversos campos, contando en este caso con la ayuda de otros departamentos y agencias federa-

7 «Cultural Relations with Spain», 20-IX-1940. NARA, RG 59 DF 810.42752/7.

les (Agricultura, Comercio, Trabajo, Interior, *Library of Congress*, *Public Health Service*, etc.). Se delimitaba así en sus orígenes una división de atribuciones, entre unos organismos dedicados a la cooperación intelectual y otros consagrados a la cooperación técnica, que también se aplicaría más tarde a los programas de cooperación con Europa durante la postguerra mundial.

El estallido de la guerra en Europa y el incremento de la propaganda de las naciones del Eje en América Latina, que trataba de enfrentar a los países de la región con los designios norteamericanos, iban a extremar la urgencia del gobierno estadounidense por configurar un perímetro de seguridad y colaboración continental en el hemisferio occidental. América Latina suponía un territorio vital para la seguridad norteamericana, al ser además una fuente de aprovisionamiento de materias primas estratégicas que, dadas las perturbaciones existentes en el comercio ultramarino, resultaba aún más valiosa. En el verano de 1940 se establecía la *Office for Coordination of Commercial and Cultural Relations between the American Republics*, bajo dependencia del *Council of National Defense*, con Nelson A. Rockefeller al frente. En julio de 1941 ese organismo fue reorganizado adoptando la denominación de *Office of the Coordinator of Inter-American Affairs*. Sobre la base del trabajo perfilado hasta entonces por el *Interdepartmental Committee on Cooperation* y la *Division of Cultural Relations* iba a estructurarse un ambicioso conjunto de actuaciones que comprendía proyectos de cooperación económica y comercial, científico-técnicos, de bienestar social y salud pública, y de cultura e información. Su denominador común era favorecer el alineamiento de los países latinoamericanos con Estados Unidos y sustraerles a la actuación de las naciones del Eje.

Para lograrlo actuaron conjuntamente organismos oficiales y agencias privadas, desplegando un abanico de programas e intervenciones: becas de viaje y estudio; intercambio de científicos, profesores y publicaciones; creación y mantenimiento de centros culturales, bibliotecas y escuelas norteamericanas; preparación y distribución de películas, documentales y programas radiofónicos; formación de técnicos en diferentes ramas de la industria y la administración; invitaciones a *Hemisphere leaders* (educadores, juristas, funcionarios gubernamentales, médicos, artistas, periodistas, etc.); enseñanza de las lenguas inter-americanas (inglés, español y portugués), junto al nombramiento de agregados culturales en casi todos los países de la región. Esa intervención pretendía ir más allá de la tradicional acción sobre las elites para llegar también a las clases medias y bajas que representaban el 90% de las sociedades latinoamericanas. Una medida que favoreció considerablemente esa pretensión fue la decisión tomada en aquel período por los gobiernos de doce países latinoamericanos de instaurar el inglés como lengua obligatoria en sus sistemas escolares, en tanto que otros ocho la ofrecían como materia electiva. En contrapartida, en 1941 el español remplazó al francés como primera lengua extranjera estudiada en las universidades y *colleges* de Estados Unidos<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Mas información sobre la elaboración, contenido y evolución de los primeros programas de proyección cultural, científica y técnica estadounidenses y los organismos encargados de su planificación y ejecución en Hanson, Haldore: *The Cultural-Cooperation Program 1938-1943*, Washington, U.S. Government Printing Office,

Hasta 1941 tales acciones se ciñeron al continente americano. Desde 1942 esos programas se extendieron a otros países de Asia, África y Europa, aunque su alcance fue bastante más limitado. Representantes norteamericanos participaron asimismo en la Conferencia de Ministros Aliados de Educación que inició su trabajo en Londres a finales de 1943 y que sería el germen de la UNESCO. Sin embargo, fuera del contexto geográfico americano las intervenciones de Estados Unidos tuvieron otras formas de actuación y otras connotaciones. La incorporación norteamericana al conflicto, tras el ataque a Pearl Harbour, iba poner todo su potencial militar, económico, cultural e informativo al servicio del esfuerzo de guerra. En este último terreno, el peso iba a recaer en la *Office of War Information* y en la *Office of Strategic Services*, instituidas en junio de 1942, con la salvedad de que operarían en todos los escenarios geográficos excepto en América Latina que quedaba reservada al *Coordinator's Office* designado en octubre de ese mismo año. Mientras se prolongó la contienda la cultura fue instrumentalizada para servir a los objetivos de la lucha armada, mediante la extensión al resto del mundo de algunas de las medidas previamente aplicadas en territorio americano y un sustancial incremento de los fondos destinados a esa proyección cultural, ensamblada ahora con una dimensión informativa que perseguía fines claramente propagandísticos. En tal sentido, la *Division of Cultural Relations* colaboró estrechamente con la *Office of War Information*, como tendremos ocasión de comprobar en el caso español.

Pero antes de que se produjera un relanzamiento de la acción cultural e informativa estadounidense en España, ambos países iban a cruzar sus armas, en términos simbólicos, en la disputa por extender su influencia sobre el subcontinente americano. Un combate, desde luego, que el gobierno franquista tuvo perdido desde el principio, a pesar de que sus dirigentes se negaran a aceptar lo evidente. Los dirigentes españoles del momento asistieron con preocupación al despliegue norteamericano en América Latina. Consideraban que España estaba llamada a ocupar nuevamente un destacado papel en la zona, en virtud de sus lazos históricos, raciales, culturales y religiosos con la misma. La intervención de Estados Unidos rivalizaba con esas pretensiones, poniendo en peligro a su juicio el ascendiente español sobre la región. Si a lo anterior le unimos la profunda transformación causada en la escena internacional por los triunfos iniciales de las armas del Eje, las expectativas que esa situación generó en el nacionalismo revisionista del régimen español, junto a la prevención que todo ello despertaba entre las autoridades norteamericanas, estaremos cerca de comprender la intensidad de las reacciones de ambos países, muy por encima de la realidad de los hechos.

La dictadura franquista, especialmente tras la derrota francesa en junio de 1940, trató de sumarse al carro de quienes ya vislumbraba como vencedores, pasando en los meses siguientes

---

1944; *History of the Office of the Coordinator of Inter-American Affairs*, Washington, U.S. Government Printing Office, 1947; Thomson, Charles A. and Laves, Walter H. C.: *Cultural Relations and U.S. Foreign Policy*, Bloomington, Indiana University Press, 1963, pp. 27-56; Espinosa, J. Manuel: *Inter-American Beginnings of U.S. Cultural Diplomacy 1936-1948*, Washington, U.S. Department of State, 1976; Ninkovich, Frank: *The Diplomacy of Ideas, U.S. Foreign policy and Cultural relations, 1938-1950*, New York, Cambridge University Press, 1981, pp. 35-60.

tes por una aguda fase de tentación beligerante. Esa dinámica acentuó su veta reivindicativa. Por lo que afecta a sus relaciones con América Latina, en aquellos momentos cobró fuerza una campaña propagandística que llamaba a las repúblicas latinoamericanas a reaccionar frente a los nuevos despliegues del imperialismo estadounidense, a la vez que se aspiraba a convertir a España en el interlocutor privilegiado entre aquella zona y el nuevo centro de poder mundial que estaba fraguándose en Europa. El régimen franquista no tenía capacidad, ni de lejos, para competir con los programas de cooperación impulsados por Estados Unidos en el subcontinente americano. Su única baza era proyectar un modelo político e ideológico alternativo, con la particularidad de que tal modelo permitiría mantener los vínculos con la Nueva Europa que estaba gestándose y servir de contrapeso a la tendencia expansiva norteamericana. Ante la oleada antifascista que recorría aquella zona, y dada la exigüidad de los medios disponibles, el régimen español optó por recurrir a la acción cultural como medio de atraer a las elites latinoamericanas y de las colonias españolas, utilizando un vehículo que preveía menos polémico para la propagación de sus móviles ideológicos y políticos<sup>9</sup>.

La plasmación práctica de tales ideas fue bastante burda, jalonada de iniciativas que provocaron mucho ruido en los medios de prensa y las cancillerías pero una nula repercusión al otro lado del Atlántico. Ni la constitución de Consejo de la Hispanidad ni otras medidas esbozadas para incrementar su predicamento alcanzaron los objetivos previstos. En ningún momento existieron visos de agrupar en torno al proyecto comunitario promovido por la España franquista a un amplio movimiento de opinión favorable, que diera la réplica al panamericanismo norteamericano. Más bien ocurrió todo lo contrario, despertó primero las reticencias y después el antagonismo de los Estados Unidos. Paralelamente, condujo al alejamiento del régimen de buena parte de sus anteriores partidarios en las repúblicas latinoamericanas.

Ya desde la guerra civil había existido en sectores de la administración estadounidense una cierta aprensión a que sus secuelas se hicieran sentir en América Latina, dando lugar a una especie de efecto dominó. Al acabar el conflicto español algunos observadores llamaron la atención sobre la peligrosidad potencial del régimen franquista para los intereses continentales de Estados Unidos. La amenaza no residía tanto en la capacidad de maniobra de aquel país, por lo demás muy limitada, cuanto en su disponibilidad para actuar como punta de lanza de las potencias totalitarias europeas, o en el proceso de emulación que podía provocar entre los sectores latinoamericanos que propugnaban una mayor independencia frente a la hegemonía norteamericana<sup>10</sup>. A mediados de 1940, el Departamento de Estado decidió tomarse más en serio el peligro potencial que representaba la influencia franquista en América Latina. Las simpatías del gobierno español por la causa del Eje, la posibilidad más o menos próxima de su

9 Sobre la evolución de la política cultural española hacia América Latina en aquel período y sus conexiones con los objetivos de la política exterior vid. Delgado Gomez-Escalonilla, Lorenzo: *Imperio de papel... op. cit.*, pp. 237-318.

<sup>10</sup> Southworth, Herbert R.: «The Spanish Phalanx and Latin America», *Foreign Affairs*, vol. XVIII (1939), pp. 148-152.

incorporación a la guerra, junto a su manifiesta hostilidad frente a la política estadounidense, iban a implicar que aquél quedase asimilado con las potencias fascistas y fuera incluido en la campaña preventiva contra éstas que se desarrollaba en el continente americano. La escasa prudencia de los dirigentes españoles, sus deseos de ganar puntos con las naciones del Eje, además de un equivocado análisis del escenario político latinoamericano, tuvieron como secuela un fuerte y generalizado rechazo de sus postulados en la región.

Un memorándum preparado a finales de 1940, transmitido a todas las misiones diplomáticas estadounidenses en las repúblicas latinoamericanas, aportaba diversas pruebas de que el régimen español se había convertido en un canal de penetración de Alemania en los países de habla hispana con el propósito de socavar la influencia de Estados Unidos<sup>11</sup>. Esa convicción iba a marcar la pauta a seguir en su postura de vigilancia e intervención contra las actuaciones españolas en la zona. La orientación antinorteamericana de la política española era evidente, pero nada parece indicar que actuase como instrumento al servicio de otros países. Hubo, eso sí, una cierta coincidencia de intereses, que apuntaban en el sentido de erosionar el movimiento panamericano alentado por Estados Unidos. A la postre, los proyectos españoles no llegaron a materializarse en actuaciones concretas en América, aunque sí consiguieron despertar una extendida corriente de desconfianza o enemistad en casi todas las naciones americanas, con Estados Unidos a la cabeza<sup>12</sup>.

A medida que los dirigentes españoles comprendieron la magnitud de su error, especialmente tras la entrada de Estados Unidos en la guerra y el respaldo mayoritario que obtuvo de los países americanos, su política optó por el repliegue. En lo sucesivo dejó de cuestionarse la hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental, insistiéndose en que el campo de acción español se limitaba al terreno de lo cultural y lo religioso. Una posición que se hizo más nítida desde finales de 1942, cuando empezó a considerarse en el seno de la diplomacia española la necesidad de enmendar los estragos provocados por la anterior actitud beligerante. Incluso, comenzó a plantearse la utilización de esa dimensión americana como una fórmula indirecta de mostrar la neutralidad y la autonomía españolas frente al Eje y, por extensión, una canal para limar asperezas con las naciones anglosajonas.

Con alguna anterioridad a esas fechas, en el verano de 1942, Estados Unidos dio los primeros pasos para la organización de un programa de relaciones culturales con España. Sus líneas maestras estaban recogidas en un memorándum del Embajador norteamericano en Madrid. Su misión consistía en mantener a toda costa la neutralidad española en el conflicto mundial. Para ello, debía contrarrestarse el extendido talante progermánico que imperaba entre los dirigentes españoles con una intensa campaña de propaganda. Las acciones a emprender se

<sup>11</sup> «Spain as the Instrument of Axis Penetration in Spanish-Speaking Countries», 26-XI-1940, NARA, RG 59 DF 800.20210/667.

<sup>12</sup> La reacción de Estados Unidos a la política española puede seguirse en Pardo Sanz, Rosa: *Con Franco hacia el Imperio. La política española en América Latina (1939-1945)*, Madrid, UNED, 1995, pp. 172-265.

asemejarian, hasta cierto punto, con las medidas tomadas hacia América Latina, si bien existían algunas diferencias importantes de partida.

En España debía evitarse el plano político y concentrarse en el cultural, no podía esperarse la cooperación de sus autoridades y habría que conformarse en el mejor de los casos con su tolerancia, e inicialmente tendría que ponerse el acento en los contenidos de propaganda informativa antes que en la actuación más a largo plazo propia de las relaciones culturales. En este sentido, era preciso obtener una dotación urgente para ampliar las actividades de prensa y propaganda de la embajada, que deberían suministrar más noticias sobre la guerra desde la óptica de los aliados, por medio de boletines, programas de radio, largometrajes y películas documentales; el material que ya había sido preparado para su difusión en América Latina podía emplearse con algunos retoques para el público español. Esa labor debía complementarse con la organización de un intercambio de publicaciones sobre medicina y salud pública, física y química, agricultura, arte, historia, economía, arqueología, biblioteconomía, estudios hispánicos y materias católicas. Además, convenía contar con una biblioteca americana en Madrid. Asimismo, se sugería ir preparando, para cuando las circunstancias lo permitieran, un intercambio de intelectuales, estudiantes y profesores entre ambos países que privilegiaría el envío a España de norteamericanos especializados en historia, literatura y arte; en tanto que la corriente inversa la compondrían españoles que acudirían a Estados Unidos para ampliar su formación en materias científicas y técnicas.

La *Office of War Information* y la *Division of Cultural Relations* se ocuparían de la marcha del programa en Estados Unidos, con la ayuda de algunas agencias privadas. En España el programa debería conducirse al margen del gobierno español y sus agencias oficiales, por lo cual era preciso contar con un Agregado Cultural que asistiese al Embajador y asegurase la coordinación con la *Office of War Information*. Para ello, las secciones de relaciones culturales y prensa se ubicarían juntas en la Byne House<sup>13</sup>.

Esas directrices fueron muy bien acogidas en el Departamento de Estado que, sin embargo, desechó otra propuesta para que Rockefeller visitase España con vistas a ampliar a este país el programa de cooperación desarrollado con América Latina. El motivo de tal rechazo era la postura antinorteamericana que sus dirigentes habían mantenido en sus relaciones con aquella región, e incluso la existencia de un «fuerte y creciente sentimiento de antagonismo en casi todas las repúblicas latinoamericanas hacia el gobierno español». La actuación en España quedó, pues, ligada sobre todo a la movilización propagandística derivada del conflicto bélico, sin llegar a plantearse otras iniciativas más ambiciosas. En 1943 se designó un Agregado Cultural que se encargó de coordinar la labor cultural de la embajada<sup>14</sup>. A partir de entonces, se puso en

<sup>13</sup> «Organization of a Cultural Relations Program with Spain», 13-VIII-1942, NARA, RG 59 DF 811.42752/57. Vid. también Hayes, Carlton J.: *Misión de guerra en España*, Madrid, EPESA, 1946.

<sup>14</sup> Para ese puesto se nombró a John Van Horne, profesor de lenguas romances durante treinta años en las Universidades de Iowa e Illinois. España fue junto con Turquía los dos únicos países europeos que contaron con agregados culturales estadounidenses en el transcurso de la guerra.

marcha una infraestructura que comprendió la fundación de una Casa Americana en Madrid y la creación de una biblioteca.

La Casa Americana desplegó una intensa actividad social bajo la dirección de Frances Foltz, que solía incluir veladas de cine y recepciones, con cierta prioridad inicial por atraer a medios de negocios y sectores eclesiásticos. Para cumplir con esa labor y, fundamentalmente, para que actuase como centro de irradiación propagandística, se dotó a la Casa Americana de proyectos de cine, emisoras de radio, máquinas de impresión y otro material técnico indispensable. La biblioteca abrió sus puertas a comienzos de 1943, enriqueciéndose con fondos adquiridos al *Institute for Girls in Spain* y con donaciones procedentes de los editores norteamericanos que acudieron a la Feria de Barcelona de 1944. También se reanudó paulatinamente el canje de publicaciones especialmente con los centros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se enviaron a España libros y publicaciones periódicas de carácter técnico sobre electrificación, irrigación y reforestación, procesos industriales, descubrimientos médicos, construcción, etc.; y se emitieron informes para solucionar el problema de los derechos de traducción de libros y otras producciones culturales norteamericanas además de intentar mejorar su sistema de ventas en España. Junto a lo anterior, la sección de prensa, bajo cuya cobertura operaba la *Office of War Information*, además de incrementar la presencia de información norteamericana a través de sus propios boletines o del material que se enviaba a la prensa y la radio españolas, prestó un fuerte apoyo a la difusión del cine, cuya audiencia era cada vez más amplia en España con la particularidad de que llegaba a estratos sociales distintos de aquellos a quienes se dirigía la propaganda de guerra<sup>15</sup>.

Las iniciativas norteamericanas fueron aumentando su incidencia sobre el panorama informativo y cultural español, a lo que también contribuyeron obviamente sus victorias militares y la creciente incertidumbre sobre el triunfo final del Eje. Simultáneamente, los vínculos culturales de España con Alemania e Italia experimentaron una sensible disminución al hilo de la evolución de los acontecimientos bélicos. Desde mediados de 1944 empezó a plantearse la posibilidad de establecer un Instituto Cultural que preparase la transición del trabajo de prensa y propaganda requerido por la guerra, desarrollado con éxito por la Casa Americana, a una acción más estrictamente cultural en la postguerra. Sin embargo, para ello era preciso la aprobación por parte del Congreso de una legislación que permitiera extender el programa de rela-

<sup>15</sup> La documentación sobre tales actividades en NARA, RG 59, DF 811.42752/57, 811.42752/76, 811.42752/7-1044, 852.427/7-744, 852.427/7-1544, 852.42711/8-144, 852.42711/8-2144. Ese dinamismo no pasó desapercibido para la diplomacia de otros países que aspiraban a mantener una influencia cultural en España, vid. a título ilustrativo «Attività culturale degli Stati Uniti in Spagna», 6-X-1942 (ASD-MAE, Affari Politici, 1931-1945, B-62/1.13), y «Propagande anglo-américaine en Espagne», 10-III-1943 (AD-MAE, Vichy Europe 1939-1945, Espagne, vol. 252). Sobre el incremento de la presencia cinematográfica norteamericana en España y su contribución a las tareas propagandísticas vid. Pizarroso Quintero, Alejandro: «El cine americano en España durante la Segunda Guerra Mundial: información y propaganda», *Revista Española de Estudios Norteamericanos*, 7 (1994), págs. 121-155.

ciones culturales más allá del hemisferio occidental, otorgándole los fondos necesarios, algo que no ocurriría hasta unos años más tarde.

En cualquier caso, al concluir el conflicto bélico Estados Unidos había logrado asentar un eficiente dispositivo en torno a la Casa Americana, cuya contribución propagandística al esfuerzo de guerra se consideraba muy satisfactoria. El estímulo de las relaciones, tal y como se reconocía, había sido en esos años un «secundario sub-producto». Pero tanto las traducciones y distribución de material informativo, como la biblioteca y la proyección cinematográfica habían alcanzado una buena organización. También había conseguido estimularse el intercambio de publicaciones entre centros españoles y norteamericanos, por la vía del canje bilateral entre instituciones. El prestigio de las publicaciones técnicas norteamericanas era muy alto y su demanda se incrementaba rápidamente, si bien permanecían los obstáculos de censura (de un país y del otro) y las dificultades económicas y de permisos para su adquisición. Aún más complicado resultaba satisfacer la demanda de artículos tales como material de laboratorio, aparatos y maquinaria para diversas especialidades, productos sintéticos o incluso instrumentos musicales. Pese a todo, la victoria en la guerra había asegurado a Estados Unidos una mayor capacidad de maniobra en España, lo que se traducía en una abierta receptividad en muchos sectores intelectuales y científicos hacia su futura actividad cultural. El problema radicaba en la naturaleza política del régimen franquista, con las cortapisas que continuaba imponiendo para el libre intercambio de personas y el comercio de productos culturales, junto al delicado panorama cultural español.

Un alto porcentaje de los intelectuales de la elite liberal había abandonado el país a consecuencia de la guerra civil, unos pocos de entre ellos regresaron pero encontraban serias restricciones para retornar a sus anteriores ocupaciones. Según la estimación de los responsables de la acción cultural norteamericana en España, el país había perdido «por largo tiempo y en algunos casos permanentemente una considerable porción de sus líderes culturales». El régimen franquista dedicaba un importante volumen de recursos a empresas culturales, pero con magros resultados pues esa labor estaba viciada por la censura y el control gubernamental, unidos al favoritismo en la asignación de los medios y la incompetencia en la realización de los proyectos. Aún así, entre los partidarios del régimen se apreciaba una actitud muy conciliatoria respecto a Estados Unidos, en materia de ciencia, arte, literatura y en cualquier otro campo de la cultura. ¿Cómo dar cauce a ese interés y esa disponibilidad?

Desde la capital española se sugería actuar con moderación, aportando información especializada como un medio de interpenetración y participación en la cultura española, pero rehuendo toda acción agresiva y con empleo de medios masivos. Lo más importante era que se disponía ya de un personal bien preparado y motivado para llevar a cabo su labor. Por ello, convenía mantener la compenetración existente entre el trabajo de la *Office of War Information*, la sección de prensa y la misión cultural que precisaban, eso sí, un edificio más amplio para su

trabajo, apuntando que una excelente opción podría ser el local que ocupaba el Instituto Alemán de Cultura. También se proponía abrir tan pronto como fuera posible otros centros culturales americanos en varias ciudades importantes españolas, dotados de biblioteca, sala de proyecciones cinematográficas y el personal necesario. Por último, se insistía en acrecentar el intercambio y distribución de libros y revistas científicas y técnicas, de obras de referencia sobre la cultura norteamericana, además de enviar información sobre becas de viaje y ayudas de estudio abiertas a candidatos españoles<sup>16</sup>.

Tales serían, a la postre, las líneas motrices de la proyección cultural de Estados Unidos en España durante los primeros años de la postguerra mundial. Se mantuvo la actividad desplegada por la Casa Americana, aunque mitigando su dimensión propagandística, al tiempo que se abrían centros en Barcelona, Sevilla y Bilbao. Pero no se fue mucho más allá. De cualquier forma, la influencia cultural norteamericana consolidó en los años siguientes su ventajosa posición, debido sobre todo a las dificultades que atravesaban los países competidores<sup>17</sup>. El interés por España estaba todavía mediatizado por la naturaleza de su régimen político, considerado un vestigio del pasado fascista. El Estado español se convirtió en un «apestado» internacional desde el veto impuesto en 1945 para su ingreso en la ONU, rechazo que tuvo continuidad con las sanciones diplomáticas adoptadas por aquella organización internacional a finales de 1946. Por razones políticas, en definitiva, España quedó al margen de la puesta en marcha en 1946 del *Fulbright Program*, complementado dos años más tarde con el *International Information and Educational Exchange Program*. La elaboración y aplicación inicial de los grandes programas estadounidenses de cooperación cultural, educativa y científica de la postguerra coincidieron con la fase de mayor rechazo y aislamiento internacional del franquismo. Haría falta que la dinámica de la guerra fría jugara a favor del régimen español para que, al compás de su incorporación al dispositivo estratégico norteamericano, se le ofreciera integrarse asimismo en esos cauces de intercambio cultural.

## 2. Una política de «relaciones públicas» para atraer a las elites europeas

La pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética, sin llegar a un enfrentamiento abierto, no se limitó a una confrontación de sistemas políticos sino que también tuvo efectos económicos, sociales y culturales. La división de Europa fue la antesala de la guerra fría. El lanzamiento del *European Recovery Program*, conocido popularmente como Plan Marshall, apuntaló la escisión en ciernes del continente. La oferta de ayuda americana para la reconstrucción de Europa

<sup>16</sup> «Transmission of annual report of Cultural Attaché», 12-VII-1945. NARA, RG 59 DF 852.42700/7-1245.

<sup>17</sup> Resulta muy ilustrativo a este respecto el diagnóstico que hacía la diplomacia francesa, siempre preocupada por mantener una situación de predominio cultural en España, al analizar la incidencia de la guerra mundial y la inmediata postguerra en las relaciones culturales de España. «Propagande culturelle espagnole. Position des pays étrangers et de la France», 19-VII-1947. AD-MAE, Amérique 1944-1952, Généralités, vol. 96.

llevaba implícita un objetivo político. La recuperación económica ocupó la vanguardia de la política norteamericana, al concebirse como un medio para frenar las crisis sociales que sirvieran de caldo de cultivo para la propagación del comunismo. Se facilitaba la adquisición de productos americanos sin gastar dólares, al tiempo que se promocionaba una asistencia técnica que aproximase los esquemas productivos y empresariales de ambas orillas del Atlántico. La actuación concertada de gobernantes y hombres de negocios favoreció la apertura de los mercados a los productos norteamericanos, impulsó la penetración de sus redes financieras y la divulgación de sus métodos de gestión de las empresas, e hizo posible la hegemonía lingüística que iba a alcanzar a partir de entonces el inglés como lengua extranjera en el mundo. En esa acción se combinaban el interés político de divulgar una buena imagen del país, con los móviles económicos de promover sus exportaciones y crear las condiciones para la demanda de nuevos productos.

En el campo social, la aplicación del Plan Marshall fue acompañada de una campaña de difusión del *American Way of Life* entre los europeos occidentales. El modelo americano, identificado con el acceso a la modernidad, la sociedad de consumo, el desarrollo tecnológico y los ideales democráticos, caló más profundamente en las expresiones de la cultura de masas que en facetas culturales más tradicionales y elitistas. Su influjo afectó sobre todo a una juventud fascinada por el *jazz* y el *rock and roll*, la novela negra, los comics y la literatura de ficción, el cine americano y más tarde sus series televisivas. Los estudios de Hollywood cooperaron decisivamente en esa ofensiva de persuasión, al erigirse en el vehículo privilegiado para mostrar las bondades de la sociedad americana. También colaboraron en esa empresa un conjunto de revistas y magazines, como *Time*, *Newsweek*, *Reader's Digest*, *Cosmopolitan*, *Scientific American* o *Glamour*, que adquirieron una resonancia mundial<sup>18</sup>.

En el terreno cultural, también se estableció un frente cuyas armas principales eran la propaganda y la pugna de ideas. La defensa de Occidente se asoció a la construcción de sociedades libres, lo cual equivalía a asegurar sociedades abiertas en términos políticos al tiempo que prósperas en su dimensión económica. La «nueva fe» asentada sobre los valores americanos y los beneficios adjudicados a su estilo de vida se proyectó a través de una intensa propaganda cultural y mediática.

Dentro de ese frente cultural e informativo, el interés hacia las elites culturales recibió un tratamiento particular, buscando contrapesar la atracción que despertaba la Unión Soviética en los medios intelectuales europeos. La piedra angular de un ambicioso proyecto de intercam-

---

<sup>18</sup> Entre la considerable bibliografía existente sobre el tema merecen destacarse las obras de Bigsby, C.W.E. (ed.): *Superculture: American Popular Culture and Europe*, Ohio, Bowling Green University Popular Press, 1975; Ellwood, David and Kroes, Rob (eds.): *Hollywood in Europe: Experiences of a Cultural Hegemony*, Amsterdam, VU University Press, 1994; Guback, Thomas: *The International Film Industry: Western Europe and America since 1945*, Bloomington, Indiana University Press, 1969; Kroes, Rob; Rydell, Robert W. and Bosscher, Doeko F.J. (eds.): *Cultural Transmissions and Receptions: American Mass Culture in Europe*, Amsterdam, VU University Press, 1993; y Pells, Richard: *Not Like Us. How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture Since World War II*, New York, BasicBooks, 1997.

bios culturales, educativos y científicos iba a ser el *Fulbright Program*, aprobado en 1946 (PL-584 o *Fulbright Act*, reformado en 1961 por la PL-256 o *Fulbright-Hays Act*). El objetivo principal del programa era difundir una imagen completa y justa («full and fair picture») de la sociedad americana y de su política exterior, para desterrar los prejuicios y las visiones equivocadas sobre Estados Unidos que tenían otros pueblos. Los dirigentes norteamericanos consideraban que la propaganda comunista explotaba tales imágenes distorsionadas, de ahí la urgencia de mejorar el conocimiento mutuo entre los países y, por ende, la necesidad de favorecer esa corriente de intercambios. Para financiar ese programa se recurrió a un ingenioso mecanismo: ante la penuria de dólares existente en aquellos años, las deudas de guerra se convirtieron en créditos de paz. Los fondos en monedas locales que pertenecían al gobierno americano, como contrapartida por la ayuda económica prestada, se emplearon para sufragar los gastos del intercambio de estudiantes, profesores e investigadores<sup>19</sup>.

En teoría, la tramitación del programa se hacía mediante organismos independientes. El *Board of Foreign Scholarships*, formado por distinguidos profesores nombrados por el Presidente norteamericano, se encargaba de la supervisión. El *Institute of International Education* evaluaba las credenciales de los aspirantes americanos y extranjeros, mientras que el *Council for the International Exchange of Scholars* examinaba las asignaciones de profesores universitarios americanos. En fin, unas Comisiones Binacionales, en las que participaban profesores y empresarios, americanos y extranjeros, eran las encargadas del proceso de selección previa de candidatos. Sin embargo, la negociación de los acuerdos era competencia del Departamento de Estado, cuyo personal tramitaba buena parte del proceso. Al frente de las Comisiones Binacionales estaban diplomáticos norteamericanos que rendían cuentas a sus respectivos embajadores. De sus funcionarios partían asimismo las propuestas de dotaciones presupuestarias que debía aprobar el Congreso. Las prioridades e intereses de la política exterior norteamericana modulaban en buen número de ocasiones las decisiones tomadas en el terreno cultural.

Muy pronto ese programa iba a quedar subsumido por la dinámica del enfrentamiento bipolar. Las enmiendas introducidas en 1948 por la *United States Information and Educational Exchange Act* (PL-402 o *Smith-Mundt Act*) se orientaban en tal dirección, al concebir la adopción de un programa completo destinado a movilizar recursos educativos, informativos y propagandísticos para promover un mejor conocimiento de Estados Unidos en otros países. También se contemplaba un suplemento de los fondos en monedas locales del Programa Fulbright con otros fondos en dólares destinados a becas en Estados Unidos. El resultado de

---

<sup>19</sup> Sobre el nacimiento y desarrollo del Programa Fulbright vid. JOHNSON, Walter and Colligan, Francis: *The Fulbright Program: A History*, Chicago, University of Chicago Press, 1965; Arndt and Rubin (eds.): *The Fulbright Difference, 1948-1992*, New Brunswick-N.J., Transaction Books, 1993; Dudden and Dynbes (eds.): *The Fulbright Experience, 1946-1986: Encounters and Transformations*, New Brunswick-N.J., Transaction Books, 1987; y Sussman, Leonard, *The Culture of Freedom: The Small World of Fulbright Scholars*, Savage-Md., Rowman & Littlefield, 1992.

aquel programa fue conocido como *United States Information and Educational Exchange Program*, cuyas competencias quedaron repartidas entre dos departamentos: la *Office of International Information* y la *Office of Educational Exchange*. El reparto de tareas sobre la dimensión propagandística y la cultural, que ya se ensayara en el transcurso de la guerra mundial, volvía a recuperarse en el contexto de la guerra fría. En enero de 1952 ambos servicios iban a ser transformados, con la creación de la *International Information Administration* y el *International Education Exchange Service*. En agosto del año siguiente la *United States Information Agency* se hizo cargo de forma más estable de las atribuciones en materia de información internacional. Las competencias culturales se transfirieron al *Bureau of Public Affairs*, hasta que en 1958 se estableció el *Bureau of International Cultural Relations*, reorganizado dos años más tarde y que asumió la denominación esta vez más perdurable de *Bureau of Educational and Cultural Affairs*<sup>20</sup>.

Las actividades que desplegaron aquellos organismos suponían para el gobierno estadounidense un vasto esfuerzo de relaciones públicas, destinado a ganar el apoyo exterior hacia sus posiciones políticas al tiempo que se trataba de rebatir las que se consideraban distorsiones y falsedades de la propaganda comunista. El Programa Fulbright y el Programa de Intercambio Informativo y Educativo iban a servir, durante aquellos años, para promover la afinidad psicológica y cultural del bloque occidental en torno a los objetivos de la política exterior de Estados Unidos. Esa actuación serviría de complemento al Plan Marshall, que pretendía a su vez reconstruir la economía europea impregnándola del *Know-how* norteamericano. A tales programas se le unieron otras iniciativas como la apertura de Casas Americanas, la organización del Seminario de Salzburgo y el envío a Europa de profesores de lengua, historia y literatura americanas<sup>21</sup>.

Política exterior, economía y cultura fueron espacios interconectados en aquel escenario internacional de guerra fría, donde una de las principales batallas se dirimía en el terreno de las conciencias. La acción cultural e ideológica entraba a formar parte de la confrontación con la Unión Soviética. De hecho, en 1950 se puso en marcha un nuevo programa, denominado *Campaign of Truth*, que asumía abiertamente el propósito de rebatir la propaganda comunista. Revistas, películas, programas de radio, envío de publicaciones, intercambios de profesores y estudiantes, todos esos canales debían divulgar los «verdaderos ideales de América». Asimismo, las misiones financiadas por los programas de asistencia técnica incorporados al

<sup>20</sup> La trayectoria que llevó a la creación de aquellos organismos y las funciones que se les atribuyeron en Thomson, Charles A. and Laves, Walter H. C.: *Cultural Relations...*, pp. 57 y ss.; Henderson, John: *The United States Information Agency*, New York, Praeger, 1969. Sobre los programas de intercambio cultural y educativo vid. también Coombs, Philip: *The Fourth Dimension of Foreign Policy: Educational and Cultural Affairs*, New York, Harper & Row, 1964; Frankel, Charles: *The Neglected Aspect of Foreign Affairs: American Educational and Cultural Policy Abroad*, Washington D.C., 1966.

<sup>21</sup> Pells, Richard: *Not Like Us... op. cit.*, pp. 37-133; Skard, Sigmund: *American Studies in Europe: Their History and Present Organization*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1958, 2 vols.; Walker, Robert (ed.): *American Studies Abroad*, Westport-Conn., Greenwood Press, 1975.

desarrollo del Plan Marshall, junto a las becas del Programa Fulbright, buscaban, en última instancia, promocionar los intereses americanos entre las elites políticas, económicas y culturales de Europa. El objetivo era dotar de una mayor cohesión a esas elites, para impermeabilizarlas frente a la propaganda comunista, para ir forjando una mutua corriente de conocimiento y simpatía que llevara a los europeos a compartir los valores transmitidos por Estados Unidos. Tales móviles también iban a favorecer, a la postre, la inclusión de España en esos circuitos de intercambio.

### 3. La inclusión de España en los circuitos de intercambio cultural de Estados Unidos

Si desde la óptica de Estados Unidos el caso español resultaba un asunto menor, desde el lado español en cambio se concedió una importancia creciente a la aproximación a la potencia norteamericana. No en vano se esperaba que Estados Unidos jugase un papel fundamental en la reincorporación española al entramado internacional de la postguerra. Uno de los obstáculos que debía afrontarse en tal sentido era la actitud mayoritariamente desfavorable de la opinión pública norteamericana hacia al régimen de Franco. Según los datos de las encuestas realizadas por entonces. A ella colaboraba buena parte de la prensa de aquel país, que se pronunciaba contra la dictadura española y demandaba a su gobierno una actuación más enérgica para lograr su caída<sup>22</sup>. Para hacer frente a esa situación, se envió a Manuel Aznar como Agregado de prensa a Washington, bajo cuya inspiración comenzaron a editarse el boletín informativo *Spain* y el suplemento *Facts about Spain*. Su propósito era responder a las críticas de la prensa norteamericana, contrarrestándolas mediante la difusión de la labor social, económica y cultural promovidas por el gobierno español. Por esa vía se confiaba en ir captando partidarios entre los medios católicos, los sectores políticos conservadores y anticomunistas, además de los grupos económicos con intereses potenciales en el mercado español<sup>23</sup>. Para financiar esas actividades informativas se empleó un crédito extraordinario aprobado en mayo de 1945, teóricamente dedicado al relanzamiento de los intercambios culturales con el exterior.

Estados Unidos fue, de hecho, uno de los focos prioritarios de esa acción<sup>24</sup>. En paralelo con la campaña de contrapropaganda emprendida por la diplomacia española iban a desplegarse,

<sup>22</sup> Vid. Gilmore, Riley W.: *The American Foreign Policy-Making Process and the Development of a Post-World War II Spanish Policy, 1945-1953: A Case Study*, Pittsburg, Pittsburg University, 1967, pp. 96-102 (Tesis doctoral inédita); Ordaz Romay, M. Ángeles: «La imagen de España y el régimen de Franco a través de la prensa anglosajona de Estados Unidos entre 1945 y 1950», en *El régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*. Madrid, UNED, 1993, t. II, pp. 415-427; y Jarque Íñiguez, Arturo: 'Queremos esas bases'. *El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Madrid, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 132-135.

<sup>23</sup> «Manuel Aznar al general Francisco Franco Salgado», 6-X-1945 APG-JE, 7/1.2. «Juan F. de Cárdenas - Embajador de España - a Alberto Martín Artajo - Ministro de Asuntos Exteriores», 22-VI-1946. AMAE, R-1454/15.

<sup>24</sup> Junto con Gran Bretaña fue el país que recibió una suma más elevada con cargo al crédito mencionado (3 millones de pesetas), a lo que habría que agregar una parte importante procedente de la partida dedicada a pensiones y becas para ampliar estudios en el extranjero.

en el terreno cultural, otras iniciativas que buscaban ganar voluntades en estratos selectivos de la sociedad norteamericana. Aquel país se convirtió en el principal receptor de becarios españoles, rompiendo con la tendencia predominante en las décadas iniciales del siglo cuando esos desplazamientos tenían como destino a varias naciones europeas. Entre 1945 y 1948 fueron concedidas 112 becas para ampliar estudios en Estados Unidos -un tercio del total de 340 otorgadas-, primándose entre sus beneficiarios a médicos, biólogos, físicos, químicos e ingenieros aeronáuticos e industriales. Incluso llegó a nombrarse un Delegado de la Junta de Relaciones Culturales para los becarios en Estados Unidos: el Rvdo. P. José Antonio Sobrino, S.J. La selección de los becarios, si bien correspondía a la Junta de Relaciones Culturales, era confiada en buena medida al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que había ido retomando los vínculos preexistentes con organismos e instituciones norteamericanos, a la vez que se ocupaba de divulgar las actividades de sus diferentes centros. Análogamente, se enviaron a Estados Unidos 6 misiones culturales -de un total de 31 que se llevaron a cabo en ese período. También se planteó la posible instalación de un Instituto Español en Washington, finalmente desestimada en favor de la dotación de una cátedra española en la Universidad Católica de Washington<sup>25</sup>.

Esa corriente, sin embargo, perdió fuelle con rapidez. Los problemas de divisas, unidos al elevado coste de las estancias en Estados Unidos, motivaron una sensible reducción del número de becas. Además, en los años finales de esa década, la Embajada española en Washington sufragó los servicios del *Spanish lobby* con los fondos que se le libraban para relaciones culturales. Según señalaba el diplomático que iba a ser nombrado algo después Consejero Cultural de la embajada, no existía «ni un sólo dólar del presupuesto de Culturales disponible para realizar acción alguna en Estados Unidos»<sup>26</sup>. A principios de los años cincuenta la situación de la Oficina Cultural de España en Washington era bastante deplorable, en cuanto a instalación, recursos y coordinación del personal que se ocupaba de estas funciones<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> «Acta de la sesión de la Comisión Permanente de la Junta de Relaciones Culturales», 18-XII-1945. AMAE, R-3724/1. «Comparecencia del Ministro de Asuntos Exteriores en las Cortes sobre el estado de las relaciones internacionales de España», 12-XII-1946. AMAE, R-2772/8. «Nombramiento del P. Sobrino como Delegado de la Junta de Relaciones Culturales en los Estados Unidos de Norteamérica, para los becarios», 3-VI-1947. AMAE, R-5342/2. «Relación nominal, temática y del país de destino de los becarios españoles durante los ejercicios de 1945 (21 semestre), 1946, 1947 y 1948 (11 semestre)», 6-XI-1948. AMAE, R-2897/15. Efemérides de la política exterior española, 18 julio 1945-18 julio 1948. Madrid, Oficina de Información Diplomática, 1948, pp. 24-27.

<sup>26</sup> «Pablo Merry del Val a Joaquín Ruiz Giménez -Director del Instituto de Cultura Hispánica», 29-VII-1948. AMAE, R-4050/17. Según parece, el entonces embajador -José Felix de Lequerica- empleó dichos fondos sin la debida justificación a la Dirección de Relaciones Culturales, lo que dio lugar a un conflicto contable que se prolongó desde finales de 1950 hasta los primeros meses de 1952, a pesar de que el Consejo de Ministros aprobó, en su reunión del 23-II-1951, las cuentas de la embajada para los años 1949 y 1950, incluidos los pagos para «gastos especiales» con cargo a los créditos culturales. El asunto puede seguirse en AMAE, R-5342/2. Vid. también Viñas, Ángel: *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 31-32.

<sup>27</sup> «Notas sobre la Oficina Cultural de Washington», 1952. AMAE, R-5342.

Mayor fortuna tuvo otra iniciativa emprendida también en aquellas fechas: la organización de un curso de verano para estudiantes norteamericanos en Madrid, que retomaba los cursos para profesores de español y futuros hispanistas que había organizado la Junta para Ampliación de Estudios desde 1914. La idea partió del Instituto de Cultura Hispánica, en cuyo seno existía una Sección de Estados Unidos encargada de favorecer los contactos con hispanistas de aquel país y el intercambio de estudiantes y profesores. El curso comenzó a impartirse desde 1948, en coordinación con la Universidad de Madrid y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, junto a la colaboración del *Spanish Student Tours* y el *Institute of University Studies Abroad*. Los gastos de viaje y estancia eran abonados por los estudiantes, cuyo programa combinaba las clases de lengua, historia, literatura y arte españoles con visitas a ciudades históricas y monumentos del país, entre las que siempre se incluía la indispensable excursión por el sur de España<sup>28</sup>.

En cualquier caso, el gobierno español contaba con recursos muy limitados para imprimir una mayor intensidad a sus relaciones culturales con Estados Unidos. El panorama se modificó desde comienzos de los años cincuenta, esta vez a iniciativa norteamericana y bajo estímulo de la evolución política internacional. La agudización del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, junto a la disponibilidad española para asumir compromisos militares con la primera potencia occidental, iban a reubicar al país dentro de las coordenadas estratégicas norteamericanas. Las negociaciones para la instalación de bases militares en España favorecieron un interés creciente por la situación de este país. La paulatina integración española en los ejes de la política cultural y de propaganda norteamericana fue una de sus consecuencias.

A principios de 1950, el gobierno norteamericano consideraba de manera cada vez más abierta la conveniencia de adoptar una mayor flexibilidad en su política con el régimen español. Si unos años antes ya se había reconocido la inexistencia de alternativas a la dictadura franquista y que ésta gozaba de una fuerte posición interna, desde entonces iba a mostrarse una actitud crecientemente conciliadora que se haría más palpable desde el estallido de la guerra de Corea en junio de ese año. Previamente, la *United States Advisory Commission on Educational Exchange* había recomendado al Departamento de Estado que se emprendiese un programa de intercambio educativo con España, siempre que este país diese muestras de que deseaba cooperar a su establecimiento. Tal programa daría la oportunidad de entrar en contacto con las ideas y prácticas democráticas a individuos que habían sido expuestos a un sistema político totalitario y, por lo tanto, favorecería la ejecución de la política exterior norteamericana en

---

<sup>28</sup> El director de los cursos en aquellos primeros años fue Manuel Fraga Iribarne. Según parece el *Spanish Student Tours* era una agencia de viajes que había montado el P. Sobrino en New York, con el propósito organizar el transporte de los estudiantes norteamericanos a España. «Memoria del Instituto de Cultura Hispánica, 1947-1951». AMAE, R-5498/20. «American students welcomed at University of Madrid», 16-VIII-1948, y «Nota sobre la organización y desarrollo del curso de estudiantes norteamericanos», sin fecha. NARA, RG 59, DF 811.42752. «Curso de verano para estudiantes norteamericanos en la Universidad de Madrid», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 4 (1948), pp. 201-202.

España. Al mismo tiempo, esa actuación también podría tener efectos beneficiosos en las relaciones de Estados Unidos con los países de América Latina<sup>29</sup>. La recomendación aún tardaría cierto tiempo en surtir efecto. La ambigüedad y los prejuicios políticos contra la dictadura española aún seguían pesando entre los responsables del Departamento de Estado.

En un informe de ese mismo año el *United States Information Service* evaluaba la incidencia de su actuación sobre la sociedad española. Los objetivos eran más o menos los mismos que para otras naciones europeas: crear unas condiciones favorables para la política norteamericana y una corriente de simpatía hacia sus instituciones y su forma de vida. En el caso español, también se hacía hincapié en una impregnación de los principios democráticos, en la distinción entre el pueblo español y su gobierno, y en la erradicación de visiones erróneas sobre su país (discriminación racial, Ku Klux Klan, divorcios y hogares rotos, materialismo, etc.). Se identificaban como grupos prioritarios de sus actividades las clases profesionales, los trabajadores especializados y los *White-Collar Workers*, y en un segundo escalón el ejército, la juventud y los grupos religiosos. En los primeros y en la juventud se identificaban los potenciales agentes de una paulatina transformación política del país. Los medios para llegar a esos grupos eran la biblioteca, aunque existía el inconveniente de que los libros estaban escritos en inglés y sólo una pequeña minoría de españoles era capaz de leer en esa lengua; la sección de prensa que editaba varios boletines (*Noticias de Actualidad*, una traducción del *Press Wirelles File*, *Boletín Gráfico* y *Noticiero Médico*) y cuya difusión informativa era considerable entre los medios de comunicación españoles, sin atenerse a ningún tipo de restricción siempre que evitaran interferir en los asuntos internos españoles; los programas de la *Voice of America*, que contaban con una vasta audiencia en el país, junto a los documentales informativos muy demandados por escuelas, hospitales y organismos militares.

Si en el plano propagandístico los objetivos estadounidenses estaban aceptablemente cubiertos, no ocurría lo mismo en el terreno de la acción educativa y cultural, donde se detectaban mayores carencias. España no estaba incluida en el Programa Fulbright, por lo que no existían facilidades para el intercambio de estudiantes y profesores, lo que unido a la escasez de dólares disuadía a los posibles interesados. También era deseable extender los conocimientos sobre lengua inglesa, historia americana, o las artes, ciencias y humanidades en Estados Unidos, para lo cual se sugería el envío de profesores que impartieran cursos en las universidades de Madrid, Salamanca y Santiago de Compostela. Por último, se señalaba la falta de un sistema de intercambio de conocimientos científicos y técnicos entre ambos países, con la particularidad de que esas publicaciones eran las más solicitadas en la biblioteca por profesionales y cuadros de las industrias<sup>30</sup>.

Un panorama más crítico se esbozaba en otro informe que analizaba la precariedad de los intercambios educativos existentes con España. La actuación en este ámbito era calificada de

<sup>29</sup> «The United States Advisory Commission on Educational Exchange. Report to the Secretary of State. Third Quarter, Fiscal Year 1950», January 1-March 31, 1950. NARA, RG 59, DF 511.523/5-1550.

<sup>30</sup> «USIE Country Paper for Spain», 27-IV-1950. NARA, RG 59, DF 511.52/4-2750.

decepcionante, sin objetivos bien definidos ni recursos adecuados. Y ello a pesar de la favorable predisposición española:

«en el momento presente, ninguna otra nación tiene la oportunidad de lograr sus propósitos con tanta efectividad y tan fácilmente como nosotros (...). España no se volverá hacia Inglaterra o Francia, por varias razones, y tampoco puede recuperar todavía sus vínculos con Alemania. Por el momento sus ojos están en U.S.A. -en todos los campos, especialmente el industrial y el comercial. Pero aún debemos convencer al pueblo español que tenemos una cultura, un meritorio sistema educativo, una integridad intelectual y un estilo de vida digno de confianza.»

Las vacilaciones existentes podían llevar a perder una clara oportunidad, pues su pueblo se mostraba «por la amistad norteamericana». En contrapartida, existía una casi completa parálisis en el intercambio de estudiantes. Los programas del gobierno norteamericano -Fulbright, Smith-Mundt- no incluían a España en su radio de acción. El gobierno español sólo manifestaba buenas intenciones, pero sin efectos prácticos. Buena parte de las universidades e instituciones norteamericanas que ofrecían becas mostraban reservas hacia candidatos españoles, derivadas de la actitud ambigua del Departamento de Estado hacia el régimen franquista. No existía ninguna fórmula para la acreditación de estudios entre ambos países, ni se animaba suficientemente la enseñanza del inglés en España o el interés por ampliar la formación en universidades norteamericanas. Así pues, las becas eran escasas y además apenas bastaban para financiar los gastos de viaje y estancia en Estados Unidos<sup>31</sup>.

A pesar de esos llamamientos realizados desde los organismos encargados de la política cultural e informativa en España, el Departamento de Estado no modificó por el momento su postura. Ante esas demandas, unidas a las modestas ofertas del gobierno español de establecer un intercambio sobre bases de reciprocidad, su respuesta fue que no disponían de fondos ni tampoco estaban previstos para el ejercicio de 1951. Los proyectos que le sometiera el gobierno español debían ser financiados íntegramente por éste. En todo caso, se prestaría asistencia a organizaciones privadas de prestigio que, con recursos también privados, concertaran medidas de intercambio, siempre y cuando estuvieran desprovistas de implicaciones políticas<sup>32</sup>. Igual que ocurría en el caso de las negociaciones militares, era el Departamento de Estado quien se mostraba más reticente a un acercamiento con el régimen español, mientras otras instancias de la administración norteamericana se inclinaban por aprovechar las oportunidades que se ofrecían para extender su influencia en España.

Sin embargo, la psicosis de la amenaza comunista, intensificada por la guerra de Corea, movilizaba cada vez más votos en el Senado norteamericano. En el verano de aquel año aprobó por amplia mayoría la concesión de un préstamo a España de 100 millones de dólares, reducida a 62,5 millones tras el paso de esa decisión por el Congreso, aunque obteniendo de nuevo un fuerte res-

<sup>31</sup> «The Educational Exchange Program in Spain», 11-V-1950. NARA, RG 59, DF 511.523/5-1150.

<sup>32</sup> «The Educational Exchange Program with Spain», 29-V-1950. NARA, RG 59, DF 511.523/5-2950.

paldo la autorización de una asignación económica destinada al régimen de Franco. A finales de 1950, la ONU anuló las sanciones diplomáticas contra la dictadura española, con el voto favorable de Estados Unidos. Por las mismas fechas cristalizaba una revisión de la política norteamericana respecto a España. Los imperativos militares tomaban prelación sobre los escrúpulos políticos. El territorio español debía ser incorporado a la defensa común del área de la OTAN. La posibilidad de disponer de bases militares en aquel país determinaría en los años siguientes la agenda bilateral. En los primeros meses de 1951 retornaba a España un embajador estadounidense que dio comienzo a las negociaciones para llegar a un acuerdo militar entre ambos países.

Las anteriores restricciones hacia el régimen de Franco dejaban de tener sentido si se aspiraba a sumar su colaboración como aliado. Uno de los primeros efectos de la nueva situación fue la inclusión de España entre los beneficiarios del programa de intercambio educativo. A mediados de 1951, el diseño del programa en España adquirió mayor precisión, tras una reunión en Ginebra de los *Public Affairs Officers* destacados en Europa. Entre los objetivos prioritarios, junto a declaraciones generales sobre la contribución norteamericana a la paz, el progreso económico y la elevación del nivel de vida de los pueblos, figuraban móviles más concretos. Los dirigentes españoles cobraban ahora mucha más importancia, pues se pretendía «inducir a personas de autoridad o influencia en España a promover las metas y objetivos que Estados Unidos procura alcanzar». Asimismo, se deseaba «reducir el aislamiento español y sus secuelas en el intercambio de ideas, información y personas», que llevaba a mantener una fuerte ignorancia sobre Estados Unidos y sobre las principales organizaciones internacionales (OTAN, OECE, ONU) que era preciso superar. Los grupos sobre los que recaería la atención también se modificaban respecto a planteamientos previos. Los dos sectores prioritarios serían:

- «(1) Líderes de la vida pública. Este grupo incluye a los líderes más influyentes en: gobierno; círculos militares y religiosos; medios empresariales y financieros, y grandes propietarios;
- (2) Trabajadores urbanos; jóvenes y estudiantes universitarios; intelectuales y profesionales, y pequeños propietarios»<sup>33</sup>.

La preocupación por obtener la cooperación de los sectores dirigentes del país desplazaba anteriores inclinaciones de llegar a las capas medias y a quienes podían favorecer un cambio político hacia un sistema democrático. Los principales medios de acción continuaban siendo las bibliotecas de las casas Americanas, los boletines de prensa, los programas de radio y los documentales cinematográficos. El Departamento de Estado había incrementado sus esfuerzos en los últimos meses para aumentar la eficacia y la capacidad de actuación en este ámbito, como lo probaba el incremento del personal dedicado a esas tareas que ya abarcaba a 14 americanos y 65 españoles, con un despliegue regional que se había extendido también a Valencia. Madrid seguía concentrando el grueso de las actuaciones y de la plantilla. Pero la ausencia de

<sup>33</sup> «International Information and Educational Exchange Program. Paper for Spain», 14-VI-1951. NARA, RG 59, DF 511.52/6-1451.

canales que estimularan el intercambio de personas era señalada una vez más como un serio obstáculo para el desarrollo del programa y para influir, sobre todo, en el primero de los sectores mencionados: «el programa de intercambio de personas puede y debería usarse como un instrumento de primer orden para influir en esos grupos».

La plena aplicación en España del programa de intercambio educativo tuvo lugar a partir de 1952, cuando las negociaciones para el establecimiento de bases militares norteamericanas estaban en pleno apogeo. Había que preparar el terreno entre los dirigentes y la opinión pública española para encontrar una acogida positiva a la futura presencia militar. Por ello, una de las primeras iniciativas tomadas fue la puesta en marcha del *Foreign Leaders Program*, destinado a personas de especial relieve en sus respectivos campos y con capacidad para «contribuir significativamente a la formación de una opinión pública en los países extranjeros que sea favorable a Estados Unidos». Estaba dirigido, pues, a ganar propagandistas para la causa americana, dando prioridad a miembros destacados de los medios de comunicación y el mundo editorial; las agrupaciones sindicales y políticas; los departamentos y servicios gubernamentales; las asociaciones cívicas y comunitarias; las instituciones dedicadas al bienestar social y la educación<sup>34</sup>. Entre las personas seleccionadas en este programa se encontraban Pedro Gómez Aparicio, José M<sup>a</sup>. Sánchez Muniain, Francisco de Luis, Manuel Aznar, Luis de Andrés, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Manuel Lora Tamayo, Julian Marías, José Luis Villar Palasí, Laureano López Rodó, Rafael Calvo Serer, Manuel Castañón, Antonio de Luna, etc.

Ese mismo año se produjo también un paulatino incremento de las becas que podían solicitar candidatos españoles. Las instituciones públicas y privadas que participaron en el programa fueron ampliándose, jugando un papel pionero el *International Institute of Education*, el *American Field Service*, el *Massachusetts Institute of Technology*, la *American Home Economics Association*, el *Bryn Mawr College*, la Universidad de Stanford y el *State Teachers College* de Jacksonville, a las que luego se agregarían, entre otras, la *Good Samaritan Foundation*, diversas universidades americanas y las Fundaciones del Amo en California y la del doctor Castroviejo en New York. Un *Scholarship Advisory Committee* se encargó de coordinar en España la convocatoria y tramitación de las peticiones de becas<sup>35</sup>. La difusión de información y la recogida de solicitudes se realizaba a través de las Casas Americanas. Así comenzó, antes incluso de la firma de los pactos bilaterales, la cooperación educativa y científica entre ambos países con financiación básicamente estadounidense.

<sup>34</sup> Las instrucciones para el desarrollo de este programa en «Department of State to American Embassy in Madrid», 31-I-1952. NARA, RG 59, DF 511.525/1-5152.

<sup>35</sup> Formaban parte de dicho organismo miembros de la Embajada estadounidense en Madrid, de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, del Ministerio de Educación Nacional, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del Instituto Internacional de Boston, de la Cámara de Comercio Americana, el Instituto de Cultura Hispánica y la *International General Electric*. Las convocatorias de becas y la composición de esa comisión en AMAE, R-9025/28.

El *Country Plan* elaborado por el *United States Information Service* en el verano de 1952 presentaba un balance de los informes elaborados hasta entonces. Los objetivos a corto plazo venían a resumirse en convencer al pueblo español que la política de Estados Unidos era beneficiosa para sus intereses, al tiempo que se creaba una atmósfera entre sus círculos dirigentes (administración, militares e Iglesia) favorable a la consecución de los objetivos militares norteamericanos. Los canales informativos norteamericanos llegaban a buena parte de la opinión pública española, lo que contribuía a la consecución del primero de los objetivos. En cuanto al segundo, el programa de intercambio educativo, que ese mismo año había pasado a ser competencia del *International Education Exchange Service*, debía ocuparse de estrechar los vínculos entre los grupos dirigentes españoles, entendidos en sentido amplio, y la sociedad y las instituciones norteamericanas. Simultáneamente, el otro sector hacia el que se dirigía ese programa, la juventud y los estudiantes universitarios, representaban más bien una opción de futuro que, por otro lado, ya se veía respaldada por algunos hechos: el inglés se había convertido en la lengua extranjera elegida por el 75% de los alumnos de segunda enseñanza. Aquí entraban en juego los objetivos a largo plazo, en el sentido de disminuir el aislamiento español poniéndole en contacto con otras ideas y organismos internacionales, además de convencer a los españoles de las bondades del modo de vida norteamericano y de las ventajas del sistema democrático. El propio Embajador de Estados Unidos insistía en la importancia de asignar fondos para incrementar el número de españoles que ampliasen su formación en centros norteamericanos, sobre todo en los campos de educación, periodismo, medicina, ingeniería y todas las carreras técnicas. En España no era preciso, como en otros países europeos, contrarrestar las actividades comunistas, aquí la necesidad básica consistía en «persuadir (a los españoles) de que sus intereses requieren la cooperación con nosotros». La oportunidad de estudiar los métodos y avances norteamericanos contribuía notablemente a esa campaña de persuasión<sup>36</sup>.

Al año siguiente, tras una dilatada negociación, se suscribieron finalmente los acuerdos entre España y Estados Unidos, que autorizaban a este último país a instalar bases militares en el primero. A cambio, el gobierno español recibiría una asistencia económica y técnica, junto al suministro de material de guerra para su ejército. Estados Unidos incorporaba así a la Península Ibérica al esquema defensivo occidental, obteniendo unas concesiones militares muy importantes. Para el régimen de Franco, aquellos acuerdos significaban terminar con su cuarentena internacional gracias al respaldo norteamericano, aunque ello implicara la asunción de una fuerte hipoteca para la seguridad nacional. El desequilibrio aceptado en aquellos momentos, por una dictadura necesitada de la legitimación exterior del poderoso aliado americano, iba a pesar sobre las relaciones bilaterales por espacio de más de tres décadas.

Así pues, la preocupación por intensificar la proyección cultural estadounidense hacia España se manifestó con escasa antelación a la firma de los pactos de 1953, y vino determina-

---

<sup>36</sup> «USIS Country Plan. Spain», 8-VIII-1952, y «U.S. Government's Overseas Information Program in Spain», 30-VIII-1952. NARA, RG 59, DF 511.52/9-1952 y 511.52/8-3052.

da por el deseo de lograr un respaldo lo más amplio posible a sus intereses políticos y estratégicos. Descontada la tarea de contrarrestar la propaganda comunista, ya ejecutada por el régimen franquista con una energía encomiable, los objetivos norteamericanos en España tuvieron un sesgo peculiar con respecto a otros países europeos. Por un lado, se procuró luchar contra el aislamiento y la desconfianza de los españoles hacia los organismos creados para preservar el «mundo libre». Por otro, se insistió en demostrar el poderío de Estados Unidos y las ventajas de aceptar su presencia militar en el país. Junto a lo anterior, también se hacía alusión a otros móviles que también figuraban en la propaganda americana canalizada hacia el conjunto europeo, como la promoción de los valores democráticos, de las libertades individuales y del bienestar material. Unos móviles que, en cualquier caso, ocuparon una posición secundaria en la escala de intereses de Estados Unidos en relación con España.

En consonancia con tales orientaciones, se concedió prioridad a la atracción de las elites dirigentes del régimen, a quienes se procuró persuadir de la capacidad de liderazgo norteamericano y convertirlas en una base de apoyo a su política. En un segundo plano quedaron otras pretensiones más altruistas, que buscaban ir impregnando a las capas medias de la sociedad española de los valores democráticos imperantes en Estados Unidos o en Europa occidental. Pero más allá de esos condicionantes de tipo político, no cabe duda de que la actuación en este terreno estimuló la apertura de algunos sectores sociales hacia el exterior. Los canales de intercambio abiertos por Estados Unidos ampliaron las posibilidades de formación de los ingenieros, técnicos, profesores, científicos y estudiantes españoles, contribuyendo por esa vía a mejorar el nivel profesional de los cuadros humanos que protagonizaron el despegue de los años sesenta.